

PASSING STRANGE

MAGIA Y AMOR EN EL SAN FRANCISCO DE LOS AÑOS 40

ELLEN KLAGES

TRADUCTORA
NÚRIA MOLINES



Amor de Madre

— EDITORIAL JOVEN, FEMINISTA & LGBT+ —



Amor de Madre

— EDITORIAL JOVEN, FEMINISTA & LGBT+ —

www.editorialamordemadre.com

En Twitter: @AmordemadreEd

En Instagram: @AmordemadreEd

Título original: *Passing Strange*, 2017

Primera edición en Amor de Madre: diciembre de 2019

Editoras: Victoria Irene Borrás Puche & Inmaculada Puche Romero

Ilustración de la cubierta: Victoria Irene Borrás Puche

Composición y maquetación: Amor de Madre Editoras

© Ellen Klages, 2017

© Tom Doherty Associates, Nueva York, 2017

© de la traducción: Núria Molines Galarza, 2019

© de la ilustración de cubierta: Victoria Irene Borrás Puche, 2019

© de la presente edición: Amor de Madre, 2019

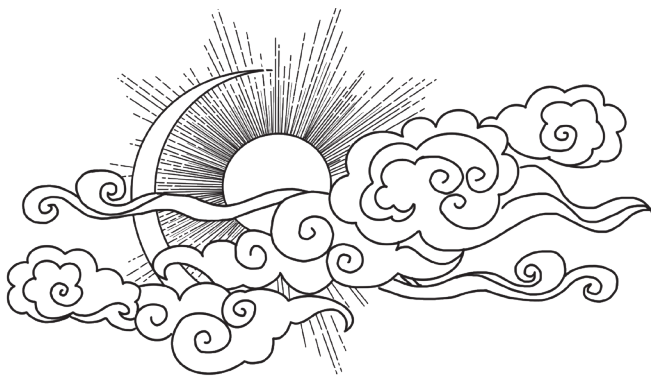
Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

ISBN: 978-84-947043-3-8

D. L.: J 916-2019

Impreso en España

*Para Emma y Eunice, Duke Hobson
y el resto del elenco de Polyvinyl Films*



CIUDAD MODERNA

UNO

El último lunes de su vida, Helen Young volvió de ver al médico y se preparó una taza de té. Como esperaba, las noticias no eran buenas: ya no se podía hacer nada.

Desde las ventanas de su piso, en lo alto de Nob Hill, las terrazas escalonadas de San Francisco parecían bloques de juegos infantiles, tirados de cualquier manera; el sol del atardecer teñía de un naranja neón el vidrio y el acero; las paredes de piedra vieja y el estuco relucían con una pátina color melocotón. Los meandros que dibujaba la niebla entre las colinas parecían una enorme serpiente albina.

Helen dejó la delicada taza de porcelana en la mesita de teca y pensó en lo que le quedaba por hacer. En su lista final de tareas pendientes. Ivy, su compañera-barra-cuidadora, tenía el día libre, lo que hacía más sencilla —y también emocionante— la tarea más importante del día. No tendría que dar explicaciones, pero sí encargarse de todo ella misma.

¿Debería esperar a la mañana siguiente? Aunque lo meditó un momento, no tardó en descolgar el teléfono. Setenta y cinco años después, era la única que quedaba con vida; no era momento de dar pasos en falso o de dejar las cosas para otro momento. Marcó un número y llamó a un taxi.

Había sido un día caluroso, como solía ser el otoño en la ciudad, aunque la niebla siempre hacía que refrescase al caer la tarde. Se puso una rebeca de lana y echó un vistazo al bastón que estaba apoyado en un lado del sofá. ¿Le haría falta? ¿O sería un estorbo?

Aunque estaba un poco teniente y llevaba gafas de culo de vaso, todavía tenía buenas piernas para ser una antigualla. Joder, la verdad es que tenía unas piernas estu-pen-das. Agarró el bastón por la empuñadura con forma de dragón e hizo un grácil paso de claqué, luego volvió a apoyar la punta en el suelo de madera y lo dejó donde estaba.

Casi saliendo por la puerta, se detuvo. ¿Y si algo salía mal?

Volvió a la cocina y garabateó una dirección entre BAITIDOS DE PROTEÍNAS y ATÚN en la pizarrita blanca que tenía colgada al lado de la nevera. Fácil de borrar cuando volviese. Fácil de encontrar si no regresaba.

El portero la acompañó hasta el taxi, que ya la estaba esperando.

—A Chinatown —le dijo al conductor—. Spofford Alley, entre Washington y Clay.

Oyó al taxista resoplar. No esperaba un trayecto tan corto.

—Un poco apartado de la avenida principal, ¿no? —dijo el hombre—. ¿Qué se cuece por allí?

—Viejas amistades —respondió Helen, que sonrió con un gesto en el que se atisbaba una mezcla de alegría y pena.

San Francisco era una ciudad muy densa, tanto vertical como horizontalmente, rodeada de agua por los cuatro costados, con las casas muy pegadas; pero Chinatown hacía que el resto de la urbe pareciese espaciosa. Más de setenta mil personas se apiñaban en menos de un kilómetro y medio cuadrado. La Grant Avenue era una hilera de tiendas horteras y restaurantes para turistas. En los callejones secundarios no se veía tanto dorado ni tanta higiene. Cuando el taxi torció por la estrecha manzana llena de edificios de ladrillo de tres plantas apretujados a cada lado, Helen percibió el inconfundible aroma de la mezcla de especias y alimentos deshidratados, vinagre y basura.

—Pare aquí —dijo.

—¿Está segura, señora? No es un barrio seguro, sobre todo de noche.

—En mi vida he estado tan segura.

—Usted misma. —Miró el taxímetro—. Serán cuatro con diez.

Le acercó un billete de veinte por la ventanita de la gruesa mampara de plexiglás que separaba la cabina del conductor del asiento trasero.

—Espéreme aquí, tardaré unos quince minutos. Le daré otros veinte para el viaje de vuelta.

—Ya ve el letrero, PROHIBIDO DETENERSE, SE AVISA GRÚA.

—Si viene la poli, dele la vuelta a la manzana. —Le deslizó otros veinte.

—De acuerdo.

El taxista asintió también con la cabeza, y Helen salió del coche. Con la penumbra del final de la tarde, el callejón parecía hecho de sombras: tan solo estaba iluminado por la tenue luz de las ventanas de los pisos más altos, lo que le confería un aspecto fantasmagórico. La ropa secándose en los alféizares, el espejo al fondo de un salón de belleza, y un cartelito de CERRADO bamboleándose en el vidrio deslustrado de una puerta parecían espectros perdiéndose en la oscuridad. El número 38 era un edificio destartalado con muros de ladrillo pintado de color sangre seca; había una puerta estrecha y una ventana a pie de calle cubiertas con un contrachapado grueso pintado del mismo color. La puerta era lisa, sin adornos, ni siquiera una aldaba. No había signos de uso reciente.

—¿De verdad conoce a alguien que *viva* ahí? —le preguntó el taxista desde la ventanilla abierta.

—No exactamente —respondió Helen. Sacó un manojó de llaves del bolsillo de la chaqueta—. Hace un tiempo heredé este edificio.

El vestíbulo estaba oscuro. Helen cerró la puerta y sacó una linterna del bolsillo de los pantalones. En un pasillo aún más oscuro, usó otra llave para abrir una puerta de madera cuyos goznes chirriaron por el desuso. Un tramo de peldaños desvencijados conducía al piso de abajo del que subía un olor a cerrado y a tierra húmeda.

De un toque, encendió el interruptor que había en lo alto de las escaleras, le deslumbraron las bombillas, que

colgaban desnudas, y apagó su linternita. Agarrada a la barandilla para no perder el equilibrio, bajó al sótano poco a poco.

El suelo de allí abajo era de cemento. Los zapatos de Helen, con suela de goma, no hacían nada de ruido. Pasó por debajo de un arco y giró a la izquierda, luego a la izquierda otra vez. Avanzaba despacio, pero sin detenerse. Aquello era un laberinto, era fácil desorientarse. En algún momento habían conectado la mayoría de los edificios de la calle por el subsuelo; seis o siete casas unidas por pasajes invisibles.

Los «tours de fantasmas» para turistas afirmaban que lugares como aquel eran antros de perversión —opio y trata de blancas—. Quizá aquello fuese cierto antes del incendio de 1906, pero ¿después? Quizá se convirtieron en tabernas clandestinas hasta que se derogó la Ley Seca, o simplemente en un buen atajo para ir de un sitio a otro. En aquellos tiempos, la policía no necesitaba ningún pretexto para hacer una redada en Chinatown, así que las rutas subterráneas eran mera cuestión de supervivencia. Ahora se habían convertido en trasteros.

Las luces se acababan al tercer quiebro. Volvió a sacar la linterna. Su estrecho haz captaba los contornos de muebles cubiertos con sábanas, cajas de cartón, un baúl reforzado con hierro y unas cuantas ratas que huían de la luz. Los LEDs bañaban la estancia de un azul espeluznante; Helen no pudo evitar estremecerse.

Torció una vez más y llegó a una estancia pequeña con el suelo de tierra. Dos de las paredes eran de piedra, una de ladrillo, todas gruesas. La puerta por la que había entrado era el único acceso. Dirigió la luz hacia la pared

de ladrillo. Su superficie regular solo se veía interrumpida por una balda de madera con una hilera de tazas, cuencos y platos desportillados con un dedo de polvo. Una olla de hierro fundido con la tapa oxidada combaba el estante del medio.

Se cambió la linterna a la mano izquierda y apuntó hacia la olla. A tientas, metió la mano por detrás hasta dar con un pestillo, oculto por aquel trasto. Tiró, pero nada. Suspiró y se encajó la linterna bajo un brazo, tratando de mantenerla apuntando en esa dirección como buenamente podía. Agradeció para sus adentros las clases de yoga y de baile que habían conseguido mantenerla así de flexible. Valiéndose de las dos manos, tiró del pestillo. Finalmente, con un clic casi imperceptible pese al silencio de la estancia, se abrió.

Helen dio un paso atrás mientras una sección de la pared de ladrillo salía hacia afuera y dejaba a la vista una abertura lo suficientemente grande como para que cupiese una persona. También era de ladrillo y los bloques alternos dejaron un borde desigual en la puerta secreta. Sintió que el vello de la nuca se le erizaba con el roce del aire frío, húmedo, viejo, estanco.

Según le habían dicho, aquello se construyó para los repartos ilegales de whisky, allá por los años veinte; un túnel clandestino que conducía a Stockton Street. En la época en la que lo vio por primera vez, no tenía salida. Ahora era la única persona del mundo que sabía de su existencia, y pronto sería otro retazo perdido de la historia. Se cambió la linterna de mano y puso un pie en el túnel.

Un metro más allá había una pared, un nicho hondo del tamaño de una pequeña ventana excavado en la roca.

Parecía una extraña catacumba, una cripta; aunque las criptas sean para guardar los restos de los muertos. Esta, pensó, era más bien una cámara acorazada con objetos de valor incalculable.

La linterna reveló una caja de madera, algo más grande que una revista *LIFE*, de unos cinco centímetros de grosor y cubierta de polvo. Helen la limpió, deslizó las manos bajo la fina madera y la levantó. No era pesada, pero sí algo incómoda de coger. Sujetó la linterna firmemente contra uno de los bordes y volvió marcha atrás hasta la sala de la vajilla. Se confirmaba que, sin duda, el bastón habría sido un engorro.

Apoyó el borde de la caja en uno de los estantes y se quedó mirando fijamente aquella estancia secreta; por un momento, creyó haber visto algo al otro lado de la piedra. Sacudió la cabeza como si acabase de despertarse y metió la mano detrás de la olla. Volver a cerrar el pestillo fue más sencillo. Otro clic suave y la puertecilla se cerró por última vez; los ladrillos alternos encajaron a la perfección en los huecos de su posición inicial.

En la balda de las tazas de té había una enorme bolsa plegada con asas de papel. Metió la caja ahí dentro, con cuidado para que se quedase plana. Llevándola como si fuera una bandeja, deshizo sus pasos por aquel laberinto de quiebros, aunque ahora más despacio. Con sus últimas reservas de energía, subió las escaleras con mucho esfuerzo hasta volver al vestíbulo en penumbra y dejó la puerta entreabierta. Ya no había nada de valor allí. Volvió a salir a Spofford Alley. Aunque era de noche, aquella callejuela estrecha y mal iluminada le pareció luminosa y amplia después de la oscuridad del sótano.

Helen dejó la bolsa en el asiento trasero del taxi, que seguía allí esperándola, y cerró la puerta principal con un suspiro de alivio. Ya estaba hecho. Le dio al taxista el billete que le había prometido y entró en el coche. Cuando se acercaron a su casa, dio unos toquécitos a la mampara de plexiglás:

—Por favor, vaya por la entrada trasera.

El ascensor del servicio la llevó al piso doce, así evitó cruzarse con el portero y se ahorró sus preguntas. Entró a casa en silencio. Dejó la bolsa en el vestidor, fue a la cocina, borró la dirección de la pizarrita y se sirvió tres dedos de un Macallan de dieciocho años. Un traguito algo más largo que de costumbre. Ivy le habría leído la cartilla, pero Ivy no estaba. Cogió un destornillador de un cajón y volvió al dormitorio.

Hasta que no apuró la mitad de la copa no se sintió lista. Extendió una toalla en la cama y, con cuidado, sacó la caja de la bolsa. Los tornillos eran viejos, estaban casi incrustados y la madera se astillaba al desatornillarlos. Cuando cayó el último sobre la toalla, apartó la tapa con mucho cuidado.

Dentro había un objeto rectangular envuelto en seda, casi del mismo tamaño que la caja. Lo sacó y lo dejó al otro lado de la cama; desató la cuerda que sujetaba la tela como si fuese una carpa de circo. La seda cayó sobre el edredón y dejó al descubierto una caja con una tapa de vidrio.

Helen se quedó mirándola fijamente y luego se terminó el whisky de un trago.

—Hola, hola —dijo—. Cuánto tiempo.